

entendía la caridad; y resulta tan excesivo el espiritualismo de esos consejos, que los más decididos ortodoxos tratan de eludirlos: tan impracticables son. Réville los pasa en silencio, lo cual es confesar que los abandona, como todo lo demás del dogma. ¡Y, sin embargo, esos consejos se llaman consejos de perfección! Nuestro ideal de perfección no es ya, por consecuencia, el de Jesucristo. ¿No quiere eso decir que se ha superado el cristianismo de Jesucristo? Y si así es, ¿por qué esos reproches acerbos contra los partidarios del progreso, á quienes se acusa de no comprender una sola palabra del cristianismo? Idéntica acusación dirigen los ortodoxos á Réville y á sus amigos los liberales. ¿No probará esto que el cristianismo de Jesucristo es una cosa muy vaga de lo que cada cual hace lo que se le antoja y donde cada uno introduce sus propios pensamientos?

En el fondo están de acuerdo los protestantes avanzados y los libres pensadores: lo que importa es desechar el dogma, y en ese punto hay unanimidad perfecta. ¿Qué queda de la religión cuando de ella se separa el dogma? Queda la moral, pero una moral religiosa. Réville dice que el eterno valor del cristianismo de Jesucristo es haber hecho de la moral una religión y de la religión una moral. En este sentido también son cristianos los libres pensadores, los cuales dirán con el pastor de Rotterdam: "Lo que en todos los tiempos unirá mejor al hombre con Dios será hacer el bien, sacrificarse, servir á los demás, amar, esperar siempre, como siempre amó y esperó Jesucristo... La pureza del corazón, la misericordia, la pasión de la verdad, la santidad del deseo, la caridad elevada como el cielo y profunda como el abismo, hé ahí la religión que no perece, y yo añado, la religión que hace que no se perezca," (1).

Eso es una religión que pueden aceptar los libres pensadores, ó, por mejor decir, esa es su religión. Añadamos que el protestantismo avanzado, tal como existe en Holanda, resuelve la gran cuestión del porvenir religioso de la humanidad. Los católicos y los protestantes ortodoxos sostienen que no hay religión posible sin los supuestos dogmas revelados, sin la creencia en lo sobrenatural, y hé aquí una Iglesia en cuyo seno se niega lo sobre-

(1) RÉVILLE, *Deuxième conférence: la Diane d'Ephèse*, p. 18 y siguientes.

natural; hé aquí pastores que no creen en la divinidad de Jesús; hé aquí fieles que siguen siendo cristianos proclamando que el Cristo no es Dios. En realidad, son más cristianos que los ortodoxos, porque son de la religión de Jesucristo. También pueden los libres pensadores sacar de este hecho una enseñanza. Los hay que no quieren oír hablar de una religión positiva, mirando como un monstruo todo lo que se llama Iglesia y sacerdote. Acabamos de oír á un pastor: ¿se negarían á estrechar la mano de Réville? ¿Se creerían degradados con afiliarse á una religión que no es otra cosa que la moral, una moral que es la suya? Y ¿perdería su autoridad esta moral apoyándose en el nombre del Cristo? ¿Será ménos eficaz porque proceda de Dios?

§ III.—Francia.

I.

En Francia es donde el protestantismo avanzado ha tomado el nombre de liberal, para denotar que la libertad de pensar constituye su esencia: para nosotros, dice un pastor protestante, el protestantismo es el cristianismo interpretado por la razón y por la conciencia (1). Los protestantes liberales dicen que su religión es la de Jesucristo, y hé aquí lo que predicán: nada de dogmática, ni de confesión de fe, ni de creencias ininteligibles impuestas como condición de salvación, nada de misterios: apelación á las fuerzas del alma humana, al sentimiento del bien y del mal, á la responsabilidad de cada uno ante Dios, al amor paternal, al perdón de las ofensas, al arrepentimiento: amor infinito de Dios y su perfecta santidad, y por cima de todo ese nombre que encierra en sí mismo la esencia de la religión, el nombre de Padre que el hombre pecador da á su Creador (2).

Esa religión la proclaman eterna los protestantes liberales. "Creemos, dice Bost, que podrá ofrecer un abrigo tutelar á todas las generaciones de los hombres; que, como un principio de vida, se crearán de edad en edad formas que respondan á las necesidades del momento, quedando superiores á todas esas formas, á todas esas confesiones

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. XII.
(2) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 135.

diferentes." Los protestantes liberales no adoran ya á Jesucristo como á un Dios, pero le dicen con el apóstol: "¿Á quién acudiríamos sino á tí? Tú tienes las palabras de la vida eterna." El Cristo estuvo lleno de Dios, y comunicó á sus hermanos la gracia y la verdad de esa plenitud; se elevó tan alto y halló en el seno de Dios tales tesoros, que hoy todavía no hace la cristiandad más que comenzar á aplicar bien débilmente una parte de los principios que él proclamó, y todos desapareceremos ántes de haber agotado la riqueza de su enseñanza. ¿Cuál es, según los protestantes liberales, la esencia de esa enseñanza y en qué sentido dicen que el ideal del Evangelio es el ideal humano? Ellos nos preguntan á su vez, á nosotros, libres pensadores, si hay algo por cima del amor de Dios y de los hombres, si conocemos un ideal superior al deber de la consagración de sí mismo á Dios, tal como el cristianismo lo prescribe. La religión de Jesucristo es, en definitiva, la ley moral con sus más santas exigencias y sus más amplias reclamaciones. Si los filósofos tuvieran que formular una religión, ¿no sería ese el lenguaje que emplearían? (1).

Precisamente porque esa religión conviene á los filósofos no nos conviene á nosotros, dicen los ortodoxos; esa es la ley natural, ese no es el cristianismo, porque ese pretendido cristianismo no tiene ya nada del Cristo. Es verdad, responden los liberales, que no tomamos ya á Jesús por Dios, ni le oramos, ni le adoramos, ni creemos que quisiera reemplazar en la conciencia y en la fe de la humanidad á ese Dios que nos dió á conocer y del cual decía: "Mi Dios es vuestro Dios, mi Padre es vuestro Padre." No vemos el Creador del universo en el humilde profeta de Nazareth, pero no pensamos en modo alguno aislar los preceptos de Jesús de su vida, cuando su vida fué la aplicación más magnífica de sus preceptos. Oigamos á San Pablo, uno de los espíritus más libres y más religiosos que ha habido en el mundo: "No soy yo quien vivo, el Cristo es quien vive en mí." Pablo tenía necesidad del Cristo, como el más débil tiene necesidad del más fuerte, y nosotros hacemos lo que el gran apóstol. "En medio de los combates de la vida, cuando desfallece el ánimo, cuando la oscuridad viene á envolver al alma, recurrimos á la bienhechora influencia de un ideal que, contem-

plado con amor, nos vivifica. En eso está la razón de las relaciones permanentes que se establecen entre el alma religiosa y Jesucristo. No vino Jesús á dar un impulso á nuestra alma y á retirarse luego; en su fuerza podremos reponer nuestras fuerzas desfallecidas; Él es el guía seguro que conducirá nuestros pasos y el único que, después de haber ya alimentado con su vida numerosas generaciones de cristianos, pedirá ofrecer á todas las generaciones de los hombres un alimento que no se agotará jamás," (1).

Los protestantes liberales conservan el nombre del Cristo y se alimentan con su santa vida. En este sentido se llaman cristianos; pero hay que confesar que hay un abismo entre este cristianismo y el de la Iglesia, y ellos mismos lo reconocen. El autor del *Protestantismo liberal* se pregunta en qué afectará á la religión cristiana el movimiento liberal que se produce en el seno del protestantismo. "Sería pueril, dice, disimular que es una trascendental revolución. Para nosotros, es una reforma que no cederá en importancia á la Reforma del siglo XVI, y que será más radical todavía," (2). Ahora bien, los católicos acusaban ya á los reformadores de haber arruinado el cristianismo; ¿qué dirán de esta nueva reforma que rechaza todo lo que admitía la primera? Lutero y Calvino se habían conservado católicos á medias; encadenados por los textos, dominados por la tradición, mantuvieron la fe como condición de salvación, y entendían por ella la fe en ciertas creencias formuladas por los concilios, enseñadas por los Padres y consagradas, se suponía, por la Sagrada Escritura, en cuyo sentido la fe se identificaba con la ortodoxia. Los protestantes liberales rechazan, pues, la base misma del protestantismo de Lutero.

Uno de los órganos más libres y más generosos del protestantismo liberal hace observar que la palabra que en la lengua alemana expresa la idea de fe, implica también la idea de creencia (3). De ahí la tendencia á confundir la fe con la creencia; de suerte que la fe consiste en creer lo que han enseñado, ya los Padres de la Iglesia, ya los teólogos del siglo XVI. El pastor Leblois se felicita de que la expresión francesa no exponga á

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 196, 165.

(2) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 167.

(3) GLAUBE.

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. XII, 154, 156.

este funesto yerro: *fe* no quiere decir una creencia más ó ménos ciega, sino *confianza, fidelidad*; tener *fe* significa en frances ser confiado, ser fiel. Jesus tenía fe en Dios, es decir, que se confiaba en Dios, que era fiel á Dios; esa fe fué la fuente de su grandeza y de su fuerza moral, y esa fe es también la esencia de su predicación (1).

Tomada en el sentido vulgar, como ciega adhesión á ciertas doctrinas religiosas, la fe vicia la esencia misma de la religión. Se pretende que sólo esa fe salva. Ved las consecuencias inmorales que resultan de la fe así entendida. Si la salvación depende de la aceptación de un dogma, á cuya cabeza figura la encarnación milagrosa del Hijo de Dios en el seno de una Virgen, ¿cuántos réprobos no habrá, no sólo en la antigüedad, sino aún en los siglos posteriores, ya porque no tuvieron ni sospecha siquiera de tales doctrinas, ya porque las han comprendido en un sentido diferente del que admite la Iglesia fuera de la cual no hay salvación? Condenación de los infieles y de los herejes es la consecuencia lógica de la fe cuando es sinónima de ortodoxia. Y todavía hay otra consecuencia que es aún más inmoral: ¡Sócrates y Marco Aurelio serán excluidos de la vida eterna, mientras que los escribas y los fariseos que profesaron la fe ortodoxa tendrán puesto en el paraíso! ¿Es esa la fe predicada por el Cristo?

No, ciertamente; la fe que salva, según Jesus, no es una creencia compuesta de dogmas y misterios. ¿Qué creían aquellos cuya fe era alabada y recompensada por el Cristo? ¿Cuál era la ortodoxia del centurion de Capharnaüm? ¿Cuál era la fe de la Cananea? ¿Cuál era la creencia del Samaritano? Todos fueron agradables al Señor: ¿era acaso porque profesaban dogmas que ignoraban? No había todavía dogmas; Jesus tenía ante todo en cuenta las disposiciones interiores, los sentimientos de humildad y de sincera confianza de que estaban animados los que le imploraban, y proclamaba suyos á los que mostraban una completa resignación á la dirección soberana de la sabiduría infinita: "Tu fe te ha salvado," dice el Cristo á una pecadora que le dió en público un afectuoso testimonio de su vivo reconocimiento. Tal es la enseñanza del divino Maestro (2).

(1) LEBLOIS, *Sermon sur la foi de Jésus (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1864, t. II, p. 109.

(2) CAZEAUX, *Foi et Charité (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1865, t. II, p. 11-14.

II.

Dicen los ortodoxos que no está en eso todo el cristianismo. En las conferencias generales de París exclamaba un pastor que rechazar lo sobrenatural era negar la religión. "Hay sobre todo un milagro, dice de Pressensé, que es de la esencia del cristianismo; sin la resurrección de Jesus no valdría ya la pena hablar del resto." Interrumpido por las risas de los liberales y por los aplausos de los ortodoxos, el orador repitió: "¡No, no valdría la pena de hablar de lo que resta! Y ¿por qué? Desde luego porque nuestros libros sagrados infundirían una legítima sospecha: si sospechamos de nuestros Evangelios, toda la fe se quebranta. La resurrección no es sólo una prueba de la verdad cristiana; es la sustancia de esta misma verdad. Jesus murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. ¿Cómo se puede hablar del cristianismo, cuando se elimina lo que constituye su esencia, lo sobrenatural?" (1).

¡Cosa singular! Se ha separado de Pressensé de la Iglesia oficial para fundar una comunidad libre; él mismo prescinde de la Escritura y de lo sobrenatural cuando lo sobrenatural y la Escritura le embarazan, y hé aquí su ortodoxia: necesita lo sobrenatural, pero lo sobrenatural á su gusto. ¿Es verdad que lo sobrenatural sea de la esencia del cristianismo? "Y ¿qué haceis, pues, exclamó Coquerel, del sermón de la Montaña, de las parábolas de Jesucristo, de las amarguras de Gethsemani, de su muerte en la cruz, de su vida y de sus enseñanzas?" Al oír á un pastor identificar el cristianismo con un hecho histórico, los liberales le acusaron de blasfemia; y como el presidente de la asamblea creyera confundirlos citando las palabras de San Pablo: "Si el Cristo no ha resucitado es vana nuestra fe," respondió un pastor liberal: "¡Nosotros apelamos de San Pablo á Jesucristo! ¿Predicó acaso Jesucristo el milagro y lo sobrenatural?"

Estas vivas palabras que se cambiaron entre pastores que pertenecían á la misma confesión revelan el disentiendo radical que divide á los ortodoxos y los liberales. Esa es la lucha entre la religión de lo pasado, que se apoya en una revelación

(1) *Le Protestant libéral*, de 11 de Mayo de 1865.

milagrosa, y la religión de lo porvenir, que no conoce ya el milagro. Los ortodoxos invocan la tradición. Y pues la tradición se remonta hasta Jesucristo, es preciso ver si el Cristo funda su predicación en lo sobrenatural.

Los ortodoxos se parecen á los Judíos que pedían prodigios: la verdad, la santidad, el amor humilde y fervoroso no les basta; necesitan que resuciten muertos, que entren en una manada de puercos los demonios. Respondámosles lo que respondió el Cristo á los escribas y á los fariseos: "¡Vosotros no creéis si no veis prodigios y milagros!" Hoy se quiere identificar el cristianismo con lo sobrenatural, mientras que Jesus predicó el amor de Dios y el de los hombres; los fariseos se negaron á aceptar esta doctrina si no se apoyaba con testimonios milagrosos; y entonces, indignado Jesus, les dirigió estas terribles palabras: "¡Hipócritas! Sabéis examinar la faz del cielo y de la tierra; ¿por qué no conocéis en vosotros mismos lo que es honesto y justo?" (1). Hé ahí los verdaderos sentimientos del Cristo; no quiere que se espere un milagro para creer; exige que se consulte su propia conciencia; poco importan, pues, los prodigios de que están llenos los Evangelios. No dice el Cristo: Creedme, porque resucito muertos; sino: Sondead vuestra conciencia. La verdadera justificación de lo que es bueno, de lo que es verdad, es el asentimiento de todo espíritu recto que se abre á las inspiraciones de Dios (2).

¿Por qué se introdujo lo sobrenatural en el cristianismo? ¿Por qué se ha convertido en su elemento esencial? Porque los Judíos pedían milagros á Jesucristo y hacían lo propio los Gentiles: educados en la credulidad, no conocían la naturaleza ni veían la acción de Dios sino en la inversión de las leyes naturales; no comprendieron la *buena nueva*; para ellos el cristianismo consistía en la resurrección de Jesus, en su nacimiento sobrenatural y en los mil prodigios que la fe ciega inventó. Mas ¿quiere esto decir que fuera ese el cristianismo de Jesucristo? ¿Se puede suponer en un corazón puro y en una inteligencia abierta á las inspiraciones de Dios el pensamiento de apelar al milagro para apoyar en él una predicación moral?

Los ortodoxos niegan que sea exclusivamente

(1) SAN LUCAS, XII, 54-57.

(2) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 100, 101.

moral la predicación evangélica, y pretenden que la revelación sobrenatural es necesaria para comunicar á los hombres verdades sobrenaturales, lo que llamamos misterios. Á esto responden los liberales lo que ya habían dicho los libres pensadores en el siglo XVIII; si Dios revela verdades á los hombres, es sin duda para influir en su inteligencia y en su corazón. Ahora bien, dígasenos: ¿qué enseña á la razón el dogma de la Trinidad ó qué tiene de edificante para el alma? No tiene, dice Bost, más de común con la religión que un problema de geometría. Añadamos que los problemas de la geometría hablan por lo ménos á la razón, mientras que los que creen en la Trinidad se ven obligados á pagarse de palabras, y nada hay más funesto para el desarrollo intelectual y moral. Se enseña á contentarse con apariencias y ficciones; se hace el hombre una máquina de palabras, y repite ciertos sonidos sin ligar á ellos ninguna idea, ningún sentimiento, lo cual es rebajar la inteligencia en vez de fortificarla, y arrastra á un verdadero suicidio del alma. ¿Es vivir ser una máquina que obedece ciegamente al que la hace mover? (1).

Dicen los ortodoxos que el protestantismo liberal conduce á la ruina del cristianismo y de toda religión. Arruina el cristianismo, porque, según ellos, la religión cristiana es esencialmente una religión revelada; y ¿cómo puede haber cuestión de revelación cuando desaparece lo sobrenatural? Y si no hay ya revelación, ¿á qué se reduce la religión? No es ya una verdad divina, es un tejido de errores humanos; ¡sólido fundamento para la obra de nuestra salvación! Los liberales confiesan que hay una cierta concepción del cristianismo que está arruinada, y reconocen que es la más universalmente admitida desde el origen; pero niega que el cristianismo mismo esté comprometido. Es muy cierto que el cristianismo ha pasado siempre por una religión revelada y que se suponía que la revelación era milagrosa; pero ¿es acaso verdad que sea esa concepción la de Jesucristo ó siquiera la de sus discípulos? Ahora bien, para juzgar una religión, ¿no es la inspiración del fundador más bien que la tradición lo que se debe considerar? Nada más lógico que el que los católicos invoquen la autoridad de la Iglesia, pues que creen que la Iglesia es el órgano infalible de Dios; pero que los protestantes

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 172, 187, 188.

se aparten del cristianismo de Jesucristo y de los apóstoles para atenerse al cristianismo formulado por los concilios, no prueba más que una cosa: que el protestantismo es infiel á su principio. Los protestantes liberales, léjos, pues, de arruinar el cristianismo, lo restablecen en su pureza primitiva; abandonan la tradicion eclesiástica para atenerse á las palabras del Cristo.

Apoyándose en la enseñanza del Cristo, ¿cómo han de destruir la esencia de la religion? ¿Quién tiene, pues, una idea más elevada de la religion que Jesucristo? Volver á sus palabras de vida, ¿no es restaurar la religion verdadera? Si los ortodoxos acusan á los liberales de arruinar la religion, es porque obedecen á una preocupacion vulgar: se imaginan que la religion debe ser la revelacion de la verdad absoluta; si Dios se revela, es preciso, se dice, creer que no deja ni lugar ni pretexto al error, y esa conviccion es lo que lleva á los hombres al pié de los altares. ¿Podrían adorar lo que es imperfecto? Los liberales responden lo que ya han respondido los libres pensadores. ¿Quién ha dicho á los ortodoxos que Dios ha querido darse á conocer á los hombres en toda su perfeccion? ¿No puede Dios revelarse sucesiva, progresivamente, en el sentido de ayudar á los hombres en la indagacion de la verdad, en vez de dispensarlos de todo trabajo manifestándose tal como quiere ser conocido? ¿Cuál de estas suposiciones es la más probable? Lo que equivale á preguntar cuál es la más conforme á la condicion de la humanidad. Ahora bien, ¿no es en todo el conocimiento humano un conocimiento imperfecto, aunque perfectible? El mundo es tambien una revelacion de Dios, pero incompleta: Dios se muestra en él y al propio tiempo se oculta, como decía Pascal. ¿No sucederá lo mismo con la revelacion que se hace por la mediacion del alma humana? Dios quiere ser poseido, pero quiere ser buscado; y no es la posesion de la verdad lo que constituye el objeto de la religion, sino la indagacion de la verdad y la práctica de lo que creemos verdadero en los límites de nuestra imperfeccion.

Después de todo, aunque Dios quisiera revelarse de una manera perfecta á los hombres, no lo podría hacer. ¿Cómo han de concebir lo infinito, la perfeccion, seres finitos, imperfectos? ¿Cómo se ha de manifestar Dios perfectamente en un objeto finito, ni aun en el conjunto de las cosas finitas? Esto

no impide que Dios se revele en el hombre y en el mundo; pero á nosotros nos toca buscarlo, y la verdad imperfecta que hayamos descubierto por el trabajo de nuestra inteligencia será más provechosa para nuestro perfeccionamiento que lo sería la verdad absoluta revelada por via de milagro, es decir, sin nuestra cooperacion, y eso aun cuando no la poseamos, pues que no poseemos lo que no comprendemos. Hay, pues, que invertir la tesis de la ortodoxia. Ésta sostiene que la revelacion imperfecta no es tal revelacion, porque no podría llenar los designios de Dios; y nosotros afirmamos, por lo contrario, que no hay revelacion absoluta, porque ésta no es conforme á los propósitos de Dios ni á la naturaleza de su accion en el mundo.

La revelacion milagrosa y la verdad absoluta son el patrimonio peculiar de la Iglesia católica. La conciencia moderna las rechaza, porque ya no cree en lo sobrenatural; y si cree en la verdad absoluta, en Dios, no concibe que la posean los hombres. ¿Á qué conduce una pretension que está en abierta contradiccion con nuestros sentimientos y nuestras ideas? Véase lo que pasa en el seno de las sociedades católicas. En ellas se confunde de tal manera la religion con la revelacion milagrosa, que cuando llegan los hombres á dudar de los milagros, rechazan la religion, al propio tiempo que lo sobrenatural; y de tal modo se amoldan los espíritus á la verdad absoluta, que cuando advierten que esta verdad es una quimera, abandonan toda verdad. ¿Qué hacen, pues, los ortodoxos al identificar el cristianismo con la revelacion milagrosa y la religion con la verdad absoluta? Arruinan juntamente el cristianismo y la religion; y son tan vanos sus esfuerzos como estériles sus lamentaciones. Vociferan que el mundo está en el error, que el mundo se extravía y se pierde, y el mundo los deja hablar; no los escucha y prosigue su camino. Si la religion pudiera ser destruida, lo sería por la ortodoxia; mas se salvará por una concepcion religiosa que prescindiera del elemento milagroso del cristianismo tradicional, y que, en vez de imponer creencias á los hombres por via de autoridad, los llame á indagar la verdad con una libertad completa.

III.

Acabamos de asistir á la lucha violenta que desgarró al protestantismo frances. Si hubiéramos de

creer á los ortodoxos, los liberales no serían ya protestantes; y otro tanto dicen los liberales de los ortodoxos. No reconocería ya ciertamente Calvino como suyos á los ortodoxos modernos, los cuales habrían pasado por libertinos y por herejes en la Roma reformada y habrían corrido gran riesgo de compartir la suerte de Servet. Ya hemos conseguido las inconsecuencias de la ortodoxia, y tambien tiene el liberalismo las suyas, que debemos señalar. No tiene otro fin este *Estudio* que intentar la conciliacion del cristianismo y del libre pensamiento; y para que la conciliacion sea sincera y duradera la armonía, es preciso que los protestantes liberales sepan bajo qué condiciones pueden los libres pensadores afiliarse al protestantismo; se necesita, pues, una entera franqueza á fin de evitar toda mala inteligencia. Al hablar de libres pensadores, no se trata sólo de algunos filósofos ó de algunos escritores; se trata de todos los que abandonan el cristianismo tradicional, cuyo número va creciendo cada dia. Extraña ver la indiferencia que muestran estos hombres hácia el movimiento liberal que se produce en el seno del protestantismo, pues, como liberales políticos, debieran dar la mano á los cristianos liberales; y es que ignoran que hay un protestantismo liberal, y los que oyen hablar de él quedan indiferentes (1). La causa de esta indiferencia es sin duda la educacion católica de los libres pensadores, por la cual han perdido la mayor parte el sentido de la religion. Mas tambien tiene el protestantismo liberal su parte de responsabilidad: si quiere traer á los que deserten del catolicismo, es preciso que adopte temperamento más franco y resuelto, pues hasta ahora es una mezcla de protestantismo ortodoxo y de racionalismo filosófico. Inconsecuentes, como todos los liberales, no se atreven los protestantes avanzados á declarar el fin hácia el cual marchan; conservan el lenguaje y los sentimientos de la ortodoxia, á pesar de repudiar sus dogmas, lo cual es un estado de transicion y no es todavía la religion de lo porvenir. Hay entré los protestantes liberales espíritus más lógicos que van derechos al fin, pero son una imperceptible minoría; y si no se les rechaza, se les teme, teniéndolos por sospechosos: la masa flota entre las creencias de lo pasado y las aspiraciones de una nueva religion.

(1) Gox, *Qu'est-ce que la nouvelle école (Le Disciple de Jésus-Christ, 1864, t. I, p. 678-688)*.

El gran obstáculo que detiene á los libres pensadores cuando tratan de acercarse á los protestantes es la persona del Cristo. Dicho se está que no puede ya haber cuestion de la divinidad del Hijo del Hombre; pero aun rechazando el dogma de Nicea, conservan los protestantes tantos elementos tradicionales, que los libres pensadores retroceden espantados. Oigamos la defensa que los amigos de Atanasio Coquerel han opuesto á las acusaciones de los ortodoxos. Dicen éstos que es preciso decirse entre el Cristo-Dios y el Cristo-Hombre. Y no hay medio: si Jesus no es Dios, es un hombre, y, como nosotros, un hombre pecador. ¿Qué responden los liberales? Establecen distingos sobre la divinidad: la divinidad de Jesucristo, segun el Evangelio, no es necesariamente la divinidad que establece la ortodoxia; se puede rechazarla en el sentido *metafísico* de los decretos de Nicea, manteniéndola, sin embargo, en el sentido *racional y moral*. ¿Qué es la *divinidad* de un hombre en el sentido *racional*? "Jesus, se dice, es el Hijo único de Dios por excelencia; Dios, de quien es emisario, le ha dado su espíritu sin tasa y le ha revelado tan perfectamente su voluntad, que el Cristo no tenía otra que la de su Padre. Esta comunión moral, permanente, garantiza su mision de Redentor y le eleva por cima de la humanidad, de la cual es el jefe y el modelo. En una palabra, Jesus es nuestro hermano, en cuanto hombre, y es nuestro Maestro y nuestro Salvador, en su cualidad de Hijo de Dios. ¿Es eso despojarle de su divinidad? Si, segun la ortodoxia; no, segun el Evangelio." (1). Esto es verdad, porque esa singular cristologia es la de San Juan. Pero ¿quién no conoce que ese es el primer paso hácia una concepcion más lógica, la que acaba por admitir dos personas en el Cristo y por convertirlo en *Dios-Hombre*? El Dios-Hombre es un misterio, es un tejido de absurdos; pero hay lógica hasta en estos absurdos, mientras en la divinidad racional y moral de un hombre todo choca contra el buen sentido, contra la razon y la conciencia. Jamas admitirán los libres pensadores un Cristo semejante, jamas entrarán en una Iglesia donde se predica tal doctrina.

¿Por qué mantener la divinidad de Jesucristo cuando se le llama hombre? ¿Es que necesitan los

(1) *Le Protestant libéral*, del 10 de Noviembre de 1864 (*Athanasie Coquerel et la Théologie libérale devant le conseil presbytéral de Paris*).